

LAS MUJERES

Y

MONTEVIDEO

por
ELINA BERRO

LOS bikinis no tienen salida" — me decía la vendedora de la sección trajes de baño de una gran tienda de 18. "A casi nadie le gusta ponérselos. Los encuentran inmorales".

Ah, qué bien. Cuán reconfortante. Salí convencida de que mientras las uruguayas sigan resistiéndose a usar ese tipo de vestimenta —de algún modo hay que llamarla— y prefieran las mallas enterizas catalogadas como más decentes (aunque cualquiera de ellas hubiera escandalizado hasta el grito a la más liberal de las mujeres hace 50 años), la patria estaría a salvo.

Pero no por mucho tiempo. En la misma esquina esperando el ómnibus había tres o cuatro mujeres no precisamente jóvenes, no decididamente bonitas, no necesariamente provocativas, que lucían con total desaprensión y tranquilidad de conciencia, pecho, hombros y espalda tostados por el sol.

Algo anda mal, evidentemente. Algo no "funciona", como acostumbra a decir los críticos de cine. Este pudor uruguayo merece ser examinado. Empecemos por darle un vistazo a la playa. Pocitos, por ejemplo, al mediodía de una hermosa mañana de sol.

Distribuidas por la arena en unidades o núcleos más bien confusos, se hallan las bellas y las otras. Si usted encuentra un sitio donde estirar las piernas sin meterlas en un canasto ajeno, felicitaciones. Antes de echarse sobre la arena para tomar el sol y sumirse en la agradable semi inconsciencia solar que dora la piel y la píldora convirtiéndolo a cualquier mortal en un turista despreocupado, mira a su alrededor. Todo en orden. Una pareja bajo una sombrilla inicia el diálogo eterno del día: una chica intenta conciliar aceite bronceador y arena; hay además una madre, es decir, arena y cinco niños mojados. Los porteños se distinguen por sus aparatosos despliegues de pulcritud y confort: grandes lonas con almohadones donde reclinarse, bolsas conteniendo desde patas de rana hasta libros de filosofía (ni unas, ni otros dan resultado práctico), inútiles y maravillosos gorros de baño y hasta dos mallas para cambiarse (no tienen dónde). En fin: usted se deja estar en ese universo beatífico y está por olvidarse de todos los problemas, cuando Ella aparece. A la calma chica sigue la conmoción total. Las

El estómago pudoroso

cabezas giran, los torsos se yerguen, las miradas revolotean, las palabras se cruzan. Se acabó la paz. Los hombres se ponen alerta y las mujeres, en guardia. Ella representa en ese universo perdido de la playa, el Pecado, la Tentación, el Sexo. La verdad es que Ella no es más bonita, ni está mejor formada que las Otras, pero —suprema osadía que la distingue fatalmente— tiene un traje de baño de dos piezas.

Observándola bien, imparcialmente, usted llega a la conclusión de que el famoso "dos piezas" de tan mala reputación y peores consecuencias, se diferencia únicamente de los respetables "enterizos", en que al estar dividido en el delantero —por atrás es exacto a los otros— muestra una zona hasta ahora neutral: el estómago.

Otras zonas de la anatomía femenina han sido ya aprobadas por la censura local. Alcanza con darse una vueltita por 18 y se verá la graciosa generosidad con que las uruguayas lucen descoteseos vertiginosos que, al parecer, no provocan ni la sombra de revuelo que un "dos piezas" en la playa. El pudor, además, sería cuestión de calidad de telas. La misma señora que sorprendida en su casa en camión provocaría escándalo en su marido, sale a la calle del brazo del feliz cónyuge, con una "solera" idéntica a ese camión, pero eso sí, de popelina. Un corto viaje en ómnibus le demostrará con mayor elocuencia que la mía, ese curioso pudor que no parece tener explicación razonable alguna. Ya no por moral, ni por pudibundez sino por higiene elemental, hay que asombrarse de la cantidad de mujeres que vestidas con trajes que descubren generosamente su pecho y sus espaldas, suben a ómnibus atestados de gente en donde es prácticamente imposible evitar un roce o un apretón.

Y no será por pudor tampoco, que las uruguayas rehusan usar pantalones en invierno, cuando el frío los vuelve necesarios, y en cambio se los ponen en pleno verano, ajustados como pantalones de torero, aunque el talle tenga más bien el contorno del toro.

Algo no funciona bien en nuestro recato, evidentemente. Y podemos llegar a la conclusión de que las uruguayas que no cultivan otros pudores más históricos, tienen el estómago más pudoroso del mundo.